

OLGA DE KIEV



Ilustración Z Akhmetova

La primera rusa en la historia

En la historia rusa existen numerosas mujeres distinguidas, cuya fama rivaliza con la de los más célebres personajes masculinos. La princesa Olga, quien gobernó la Rus de Kiev, el primer Estado de eslavos orientales, durante los años 945-962, fue la primera de ellas y sigue siendo una de las figuras más fascinantes de la historia rusa. Muchos aspectos de su vida siguen siendo un gran misterio, debido a la escasez de datos de las fuentes originales. La más antigua y completa de aquellas fuentes es el *Relato de los años de Bigone*, también conocido como *La crónica de Néstor* (Danilevskiy, 2004: 117), en honor a su autor, el monje Néstor del famoso monasterio de las Cuevas de Kiev, basado en las aún más antiguas (y hoy perdidas) crónicas de los eslavos orientales, leyendas populares eslavas y escandinavas, así como en la *Cronografía* de Juan Malalas, la *Crónica compendio de varios articulistas e intérpretes* de Jorge Hamartolus, y otros anales de autores bizantinos. Fue escrito a finales del siglo XI y principios del XII, casi 300 años después de que en Kiev habían comenzado a reinar los primeros príncipes, y, por lo tanto, el autor interpreta la vida y obra de los primeros soberanos de Kiev, gentiles y politeístas, desde su posición de monje cristiano, por lo que comete numerosos anacronismos. Aun así, la *Crónica de Néstor* presenta un gran valor histórico y sigue siendo

la fuente principal de información sobre los primeros gobernantes de la Rus de Kiev, incluida Olga, la primera gran mujer en la historia rusa.

1. El misterio del origen

El primer misterio de la vida de Olga es su origen. Ninguno de los documentos contiene la fecha exacta de su nacimiento, que debió suceder aproximadamente a finales del siglo IX y comienzos del X. Tampoco se conoce el lugar de la procedencia de la futura princesa, ni la condición social de sus padres. La *Crónica de Néstor* afirma que nació en la pequeña aldea llamada Vybuty, cerca de Pskov, al noroeste de Rusia, y que sus padres, cuyos nombres ni siquiera menciona, eran “de condición humilde y de lengua varega”.¹

Otra fuente, la *Crónica de Ioakim*, una compilación tardía del siglo XVII cuya autenticidad es discutida por muchos historiadores modernos, dice que cuando el príncipe Igor, el hijo y heredero de Riúrik, el primer soberano varego de Rus, llegó a la mayoría de edad, su preceptor Oleg lo casó con una doncella eslava, “procedente de la ciudad de Izborsk, de un linaje ilustre que descendía de Gostomysl,² cuyo nombre era “Prekrasa” (literalmente, “belleza”), “pero el día de la boda recibió el nuevo nombre de Olga, ‘la ahijada de Oleg’ (Ilovaiskiy, 1914: 441). Los historiadores búlgaros apoyan la versión acerca de las raíces búlgaras

de la princesa, basándose más que todo en el *Nuevo Cronista de Vladimir*, que narra la boda del príncipe Igor y menciona que la novia procedía de la ciudad de Pliska, la capital de Bulgaria en los siglos VII y IX. En fin, otras fuentes también admiten la versión según la cual Olga podría ser hija natural del mismo príncipe Oleg, pues este era el artífice principal de su boda con Igor.

Las circunstancias de aquel matrimonio son bastante confusas. Mientras la *Crónica de Ioakim* y el *Nuevo Cronista de Vladimir* hablan de su carácter exclusivamente político, otras fuentes, como la *Genealogía de príncipes rusos*, narran una romántica historia sobre un encuentro casual de Igor, a orillas de un río cerca de Pskov, con la hija de un simple barquero quien impresionó al joven príncipe con su belleza poco común y sus sabias palabras (*The book of royal degrees...*, 2011: 34). La *Crónica de Ioakim* afirma que aunque Igor, como todos los nobles de la Rus precristiana, tuvo varias esposas, “a ninguna de ellas la amó y respetó tanto como a Olga”.

No existe ningún retrato original de Olga o una descripción detallada de su apariencia, pero todas las crónicas coinciden en que era una mujer de “bello rostro y apariencia majestuosa” (Néstor, 2012: 64). Sin duda, la joven, encantadora e ingeniosa esposa del príncipe Igor debía ejercer una gran influencia en su regio cónyuge, pero su auténtica entrada en la historia se produjo varios años más tarde, en unas circunstancias trágicas tanto para ella misma como para toda la nación.

2. La vengadora

El esposo de Olga no dejó un rastro notable en la historia. En realidad, Igor no era más que una pálida sombra de su antecesor, el célebre Oleg, aunque siempre trataba de imitarlo. Al igual que su preceptor, emprendió dos incursiones contra Constantinopla que, a diferencia de las de Oleg, fueron un desastre total. Desde entonces, Igor no se arriesgaba a salir de Kiev, y todas las campañas militares las dirigían sus generales, obrando por su propio riesgo. Entre tanto, los guerreros de la guardia personal de Igor se consumían de ocio y se quejaban a su príncipe: “Los que sirven [...] a tus generales se apoderaron de fabulosas riquezas mientras nosotros, los que servimos al mismo príncipe, estamos desnudos” (Néstor, 2012: 55).

Para mitigar aquellos humores y evitar una posible revuelta de sus guardias, Igor emprendió una incursión en las tierras de los drevlianos, una tribu eslava que habitaba en los bosques al noroeste de Kiev. El inicio de la campaña fue exitoso; los drevlianos casi no opusieron resistencia y pagaron el tributo exigido por Igor. No obstante, el codicioso príncipe de Kiev consideró que el botín era insuficiente y decidió exigir más. Mandó de vuelta a Kiev el grueso de la tropa y regresó al territorio de los drevlianos con una pequeña escolta.

En la época de Igor, la recaudación de tributos de los pueblos vasallos (*poliudie*), realizada por los príncipes de Kiev, no estaba reglamentada y se hacía de una manera totalmente arbitraria. Los cronistas rusos no dejaron muchos datos sobre los *poliudie*, pero el emperador bizantino Constantino VII el Porfirogeneta describe aquel sistema en su tratado *De Administrando Imperio*:

En invierno la vida de los rusos se torna mucho más severa. Cuando llega el mes de noviembre, sus príncipes salen con toda su corte de Kiev en rondas que llaman *poliudie*. Van a las tierras de los drevlianos... y otras tribus tributarias de Kiev y se llevan por la fuerza todo lo que quieran. Algunas tribus les pagan en dinero, otras en esclavos, en pieles finas, miel y otros productos valiosos. Cuando llega el mes de abril y el río Dniéper se descongela, el príncipe y su corte retornan a Kiev (Constantino Porfirogeneta, 1991: 68).

De tal modo, cobrar el tributo a su propio antojo se consideraba completamente normal, pero aun así el líder de los drevlianos, el príncipe Mal, protestó contra semejante arbitrariedad y ordenó a su pueblo atacar a los advenedizos: “Si no detenemos a este lobo voraz ahora mismo, terminará por devorar todo el rebaño” (Néstor, 2012: 74). Todos los escoltas de Igor fueron asesinados y él mismo capturado, juzgado por los drevlianos según su antigua ley tribal y condenado a una muerte atroz: amarrado de brazos y piernas a las cimas de cuatro árboles y descuartizado.

Al acabar con su enemigo, el príncipe Mal envió un mensaje a Olga, en el cual asumía la responsabilidad por la muerte de Igor, justificando su decisión con el hecho de que el príncipe de Kiev “desolaba y saqueaba nuestras tierras como

La princesa Olga pasó a la historia no solo como una gran administradora, sino también como la primera, entre los gobernantes de Rusia, que se convirtió al cristianismo.



un lobo feroz” (74). En este también afirmaba que su pueblo no le guardaba rencor a la joven viuda ni a su pequeño hijo Sviatoslav, e incluso le proponía casarse con él. Cabe señalar que entre muchos pueblos eslavos, germanos y celtas se consideraba honroso para el vencedor casarse con la viuda de su enemigo vencido, así que, desde el punto de vista ético de la época, Mal era un pretendiente más que legítimo de la mano de Olga y también del trono de Kiev.

Sin embargo, la viuda de Igor destruyó todos sus planes. Ni siquiera admitía la idea de unas nuevas nupcias, pues la entronización de Mal o de cualquier otro príncipe eslavo quebrantaría el equilibrio establecido por Riúrik, provocando nuevas guerras tribales y un caos total. A lo mejor, Olga seguía amando a su esposo muerto, deseaba serle fiel por el resto de su vida y, además, debía proteger la vida y la futura herencia de su hijo Sviatoslav, pero las crónicas no dicen nada sobre sus sentimientos de esposa y madre sino únicamente de su deseo de proteger la orden proferida por Riúrik.

La *Crónica de Néstor* describe en detalle la venganza de Olga, que se asemeja más a unas escalofrantes historias de terror que a los hechos reales. Pero, por muy fantásticas que parezcan, todas las etapas de aquella venganza tienen un profundo sentido ritual, casi religioso, y evocan muchas antiguas costumbres eslavas y escandinavas, relacionadas más que todo con la venganza de sangre y los ritos funerarios.

Tratando de engañar a los drevlianos, Olga fingió aceptar la propuesta matrimonial de su príncipe Mal. Siguiendo el rito nupcial, éste le envió sus casamenteros: los veinte varones de linajes más ilustres. Apenas llegaron a Kiev a bordo de sus naves, Olga les ordenó a sus guardias llevar a los embajadores desde el muelle hasta el palacio

dentro de los mismos barcos —el homenaje más pomposo que se podría otorgar a los embajadores de alto rango—. Los hombres de Mal ni siquiera sospechaban que se trataba de una trampa, pues frente a las puertas del palacio, por orden de Olga, fue excavada una enorme fosa. Los embajadores fueron arrojados allí junto con sus naves, y enterrados vivos. Este primer acto de venganza tiene un marcado carácter ritual: los antiguos eslavos tenían la costumbre de enterrar a sus muertos usando una lancha o un trineo en vez de un ataúd, así que la “bienvenida” ofrecida por Olga a los casamenteros es una alusión a aquel rito funerario.

Luego, Olga envió un mensaje a Mal, explicándole que sus embajadores se habían comportado con ella “de una manera indigna” y le pidió enviar a Kiev otra delegación más digna. Al parecer, Mal no sospechó nada sobre lo ocurrido a la primera embajada, por lo que no tardó en enviar otra. A los nuevos casamenteros, Olga los invitó a tomar un baño, y allí los encerró y los quemó vivos. Cabe señalar que para los antiguos eslavos la casa de baño era un lugar sagrado, donde cada familia honraba los espíritus de sus antepasados. Así, el segundo acto de venganza de Olga también resulta muy simbólico, pues los drevlianos, quemados como ofrendas rituales en un altar, deberían complacer el alma del difunto Igor.

El tercer paso de aquella venganza también resulta muy simbólico. En su siguiente carta a Mal, Olga le pide preparar un festín ritual sobre la tumba de Igor: “No puedo volver a casarme antes de honrar como es debido la memoria de mi difunto esposo y llorar su muerte junto con mis futuros parientes” (93). La celebración de banquetes funerarios sobre las tumbas de personajes ilustres era una costumbre muy divulgada no solo entre los eslavos sino también entre los germanos,

celtas y otros pueblos antiguos, por lo que Mal no encontró en el deseo de Olga nada sospechoso y organizó un grandioso festín que resultó ser el último para el príncipe de los drevlianos y, según la *Crónica de Néstor*, para sus cinco mil súbditos. Cuando Mal y sus hombres se emborracharon, Olga se retiró furtivamente del festín y les ordenó a sus guardias iniciar la masacre.

Después de aquellas “bodas de sangre”, Olga ya no intentó ocultar sus intenciones e inició una guerra abierta, que resultó ser la primera campaña militar para su hijo, el pequeño príncipe Sviatoslav. Siendo un niño, aún no podía participar en las batallas, pero, como informa la *Crónica de Néstor*, la sola presencia del heredero de Igor infundió ánimo a los guerreros de Kiev, quienes “se arrojaron contra el enemigo como un huracán y no tardaron en reducirlo a nada” (95).

Pronto todo el territorio de los drevlianos quedó bajo control de Olga, y solo Iskórosten, su inexpugnable capital ubicada en una isla en medio de intransitables pantanos, rechazaba con éxito todos los ataques. Tras varios intentos frustrados de tomar la ciudad por asalto, Olga volvió a acudir a la astucia y convenció a sus enemigos de que abandonarían sus tierras y pondría fin a la guerra después de que todos los habitantes de Iskórosten le pagaran un tributo simbólico: tres palomas y tres gorriones de cada casa. Los drevlianos, cansados del largo asedio, le enviaron los pájaros. Olga ordenó a sus guerreros amarrar a la cola de cada ave un manojo de paja impregnada de brea, encenderlos y dejar a los pájaros volver a sus nidos; fue así como Iskórosten se convirtió en una grandiosa hoguera y fue reducida a cenizas. Aquel último acto de la venganza de Olga, el más insólito de todos, se asemeja más a una leyenda, pero ninguno de los cronistas duda de su veracidad.

Así concluyó la sangrienta venganza de la princesa viuda, la cual le ayudó a solucionar varios problemas a la vez. Por un lado, la impunidad de los drevlianos hubiera podido inspirar a otras tribus eslavas a sublevarse contra Kiev; por el otro, actuando con semejante osadía y crueldad, Olga le demostró al mundo entero que era capaz de gobernar mejor que muchos hombres hasta que su hijo Sviatoslav cumpliera la mayoría de edad.

Una vez consumada su venganza, Olga les anunció a todos los drevlianos sobrevivientes, así

como al resto de las tribus vasallas, que de ahora en adelante, para evitar la repetición de lo ocurrido con Igor, iba a recaudar el tributo de forma diferente. El poco ordenado sistema de *poliudie*, que en varias ocasiones, como en el famoso caso de Igor, se convertía en una verdadera rapiña, fue remplazado por uno nuevo, llamado *povoz*, el cual consistía en el establecimiento de normas fijas de tributo (*urok*), que se recaudaban únicamente en sitios determinados (*pogost*), no por el príncipe en persona sino por unos funcionarios especiales. Un *pogost* controlaba desde decenas hasta centenares de pueblos grandes y pequeños, dependiendo de la densidad de la población de cada territorio concreto, por lo que establecer las normas de impuesto realmente justas no era una tarea fácil. Para llevarla a cabo, Olga tuvo que recorrer personalmente todos sus dominios, visitando las comarcas más apartadas, arreglando disputas entre las tribus y comunidades, dirigiendo personalmente el trabajo de los recaudadores y la construcción de nuevos caminos. Durante más de dos décadas trabajó la incansable princesa, convirtiendo los antiguos territorios tribales en un organismo sólido y estable tanto en el aspecto económico como jurídico, pues precisamente en la época de Olga comenzó la unificación de antiguas normas y costumbres de distintas tribus eslavas en un sistema de derecho único.

3. La santa

La princesa Olga pasó a la historia no solo como una gran administradora, sino también como la primera, entre los gobernantes de Rusia, que se convirtió al cristianismo. Lo hizo durante su visita oficial a Constantinopla en el año 957, y el mismo emperador Constantino VII se convirtió en su padrino de bautizo y le concedió el nuevo nombre de Helena, en honor a la santa madre del primer emperador cristiano Constantino el Grande. Durante aquel viaje, Olga supo apreciar en su justo valor no solo la inmensa riqueza espiritual del cristianismo, sino también su gran utilidad en la política y el derecho. Más que un acto de devoción, el bautizo de Olga era parte de su grandioso proyecto de convertir la Rus de Kiev en un poderoso Estado centralizado donde la religión, con el único Dios y el único soberano como su representante legal en la Tierra,

resultaría mucho más conveniente que el paganismo con sus innumerables dioses e ídolos.

Algunos autores afirman que con el bautizo de Olga el pueblo ruso fue arrancado de las tinieblas del paganismo y comenzó una nueva etapa de su historia a la luz del cristianismo. Aunque Olga convenció a todas sus damas de compañía de abrazar la nueva fe y construyó en Kiev la primera iglesia cristiana, aún faltaba mucho para la verdadera cristianización de los rusos, un pueblo enorme y en su mayoría pagano. La mayor tristeza de Olga, según la *Crónica de Néstor*, era el rechazo del cristianismo por parte de su único y amado hijo Sviatoslav. Mostrando una gran tolerancia y paciencia, Olga rezaba al Dios cristiano “por su hijo y por todos aquellos que aún se arrastraban en las tinieblas del paganismo, rogándole abrir los ojos a todo el pueblo ruso y convertirlo tarde o temprano a la única fe verdadera” (115).

Valiente guerrero e incansable conquistador, el príncipe Sviatoslav asumió el gobierno en el año 965, pero, en vez de permanecer en su capital, pasaba la mayor parte de su tiempo en numerosas campañas lejos de Kiev. Aprovechándose de sus frecuentes ausencias, los pechenegos, un belicoso pueblo nómada, asediaron Kiev en el año 968. Olga, ya muy anciana, pero aún valiente y audaz como en sus años jóvenes, se encerró en una torre con sus tres nietos y dirigió desde allí la defensa de la ciudad hasta la llegada de las tropas de Sviatoslav.

Un año después, el joven príncipe decidió emprender una nueva campaña contra el Imperio Bizantino en Bulgaria. Todos los cronistas coinciden en que aquella decisión complicó aún más las relaciones entre la madre y el hijo y, en cierto modo, precipitó la muerte de Olga. “¿Acaso no ves que ya no soy más que una anciana enferma? —le dijo Olga—. A mí nada me importa, pero piensa en tus propios hijos a los que estuviste a punto de perder cuando nos asediaron los pechenegos. ¿Acaso quieres que esto suceda una y otra vez?” (117). Sin embargo, Sviatoslav no hizo caso a los reproches de su madre y prosiguió con sus preparativos. Tres días después, el 11 de julio de 969, Olga falleció.

Según la *Crónica de Néstor*, en su lecho de muerte Olga le pidió a Sviatoslav que no la quemara en la pira funeraria como a todos sus antecesores, sino que la enterrara de acuerdo con el

rito cristiano. El lugar de su primera sepultura se desconoce. En el año 1007, el príncipe Vladimir el Santo (nieto de Olga), quien proclamó el cristianismo como la religión oficial de su imperio, trasladó los restos de su abuela a la Iglesia del Diezmo, recién fundada por él. La tumba de Olga se convirtió en un famoso lugar de peregrinaje poco después de su muerte, pero su canonización oficial tuvo lugar un poco más tarde, al parecer en el siglo XIII; desde entonces, es adorada como patrona de viudas y cristianos recién convertidos. En 1547 se le concedió el título de *Isapostolos*, es decir, santa de rango apostólico, el mayor honor que puede ser otorgado a un santo por la iglesia ortodoxa.

Para finalizar, dejemos la última palabra a la *Crónica de Néstor*: “Era la precursora de una nueva Rus cristiana, como un luminoso amanecer, como una estrella matinal, como una luna que brillaba en las tinieblas del paganismo, como una perla preciosa en el lodo de nuestra ignorancia” (120). ■

Anastassia Espinel (Rusia).

Es historiadora y especialista en docencia universitaria, Ph.D. en Ciencia histórica graduada del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia. Residió en Moscú hasta el año 1998, con prolongados viajes a otros lugares, como Ucrania, Bielorrusia, países del Báltico y del Asia Central, España, Ecuador y Perú. Actualmente reside en Bucaramanga, Colombia, donde se desempeña como docente de la Universidad de Santander (UDES).

Referencias

- Constantino Porfirogeneta (1991). *De Administrando Imperio*. Traducción del griego de G.G. Litavrin. Moscú: Nauka.
- Danilevskiy, I. N. (2004). *Las primeras crónicas rusas. Las bases hermenéuticas del estudio historiográfico de los manuscritos*. Moscú: Aspect-Press (en ruso).
- Ilovaiskiy, D. I. (1914). *Sobre el origen de la santa princesa Olga*. Moscú: Obras históricas (en ruso).
- Néstor (2012). *El Relato de los años de Bigone*. Traducción del ruso antiguo de D.S. Lijachev y O.V. Tvorogov. San Petersburgo: Vita Nova.
- The Book of Royal Degrees and the Genesis of Russian Historical Consciousness* (2011) Traducción de G. Lenhoff. Indiana: Bloomington.

Notas

¹ El origen de los varegos, “los hombres de ultramar”, grupo étnico que dio origen a los Riúrikovich, la primera dinastía de soberanos rusos, sigue causando numerosas discusiones entre los historiadores y antropólogos. La mayoría de los especialistas los considera una tribu vikinga de alguna región de Escandinavia, mientras otros ven en ellos una rama de los eslavos bálticos.

² Legendario caudillo eslavo del siglo IX.